

EPISTEMOLOGÍA DE LA PSICOLOGÍA EN LEONARDO CASTELLANI: RAÍCES FILOSÓFICAS Y PROBLEMA DEL MÉTODO

EPISTEMOLOGY OF PSYCHOLOGY IN LEONARDO CASTELLANI: PHILOSOPHICAL ROOTS AND METHOD PROBLEM

Santiago Hernán Vázquez*

CONICET y Universidad Nacional de Cuyo - Argentina.

María Teresa Gargiulo

CONICET y Universidad Nacional de Cuyo - Argentina.

Recibido diciembre de 2016/Received December, 2016

Aceptado octubre de 2017/Accepted October, 2017

RESUMEN

El Presbítero Leonardo Castellani desarrolló –a la par de una obra literaria, educativa, filosófica y periodística abundante– una labor investigativa de relevancia en la psicología argentina. Su importancia en la historia de esta ciencia en el mencionado país, viene siendo demostrada por diversos estudios en las últimas décadas. El objetivo del presente trabajo es aportar nuevos datos acerca de la actuación de nuestro autor en una época en que la psicología en Argentina pugnaba por legitimarse. En el marco de este proceso de legitimación resulta relevante analizar la contribución que realiza Castellani a las discusiones epistemológicas, metodológicas e históricas que se plantean con fuerza en el escenario académico y científico argentino consagrado a la psicología. Su contribución resulta original y podría significar un aporte en la comprensión filosófico-crítica del surgimiento y configuración epistemológica y metodológica de la psicología científica.

Palabras Clave: Castellani, epistemología, metodología, psicología científica.

ABSTRACT

The Cleric Leonardo Castellani developed - along with a literary, educational, philosophical and abundant journalistic work - a relevant research work in Argentine psychology. Its importance in the history of this science in the mentioned country has been demonstrated by several studies in the last decades. The objective of this paper is to provide new information about the performance of our author at a time when psychology in Argentina struggled to legitimize itself. Within the framework of this process of legitimation, it is relevant to analyze the contribution that Castellani makes to the epistemological, methodological and historical discussions that are actively displayed in the Argentine academic and scientific setting devoted to psychology. His contribution is original and could mean an asset to the philosophical-critical understanding of the emergence and epistemological and methodological configuration of scientific psychology.

Key Words: Castellani, epistemology, methodology, scientific psychology.

1. Introducción

La abundante obra del sacerdote argentino Leonardo Castellani, fallecido en el año 1981, ha experimentado un resurgimiento editorial e investigativo en las últimas décadas¹. En el marco

de dicho resurgimiento, su aporte a la psicología viene siendo ponderado desde el campo de la investigación histórica de esta ciencia en Argentina. Destacados historiadores de la psicología argentina

* Autor correspondiente / Corresponding author: santiagohernanvazquez@gmail.com

han encontrado en la obra del Padre Castellani desarrollos novedosos para la época y una erudición científica a la sazón poco común en el país rioplatense. A la par del lugar de importancia que le otorgan renombrados historiadores como Hugo Vezzetti (1996)², Antonio Gentile (1997) y Hugo Klappenbach (2007), encontramos los estudios más sistemáticos de Andrea Piñeda (2003; 2005a; 2005b; 2005c). Esta última autora se ocupa en diversas ocasiones de la figura de Leonardo Castellani destacándolo como uno de los representantes más importantes del movimiento neoescolástico argentino. Además de mencionarlo en varios de sus trabajos y detenerse en aspectos diversos de su pensamiento, Piñeda dedica un extenso artículo (2005c) a los aportes del pensador santafesino demostrando su importancia en la historia de la psicología argentina. Según el minucioso relevo de esta historiadora, Castellani ha sido, por ejemplo, el primer argentino en recibir formación sistemática en el campo de la psicología obteniendo el primer doctorado argentino en la rama de este saber. Castellani tuvo, además, el privilegio de ser discípulo de prestigiosos psiquiatras de la época como George Dumas quien apadrinó su tesis doctoral y tuvo con el argentino una estrecha relación, según relata la prologuista de la edición argentina de dicha tesis, Irene Caminos (1991, p. 10). Por otro lado, Castellani realizó una importante contribución en la comprensión crítica del psicoanálisis. Desde su artículo aparecido en el diario *La Nación* a la muerte de Freud (Castellani, 1941, pp. 34-54), hasta sus obras y cursos acerca del psiquiatra vienés (1996; 1997, pp. 133-154), Castellani aparece –según los mencionados historiadores– como uno de los primeros difusores serios del psicoanálisis en Argentina (Klappenbach, 2007; Vezzetti, 1989; Piñeda, 2005c).

Asimismo, el sacerdote argentino también realizará su contribución a una de las discusiones más candentes en la psicología argentina de aquella época. Se trata del debate acerca del estatuto epistemológico de la psicología y de las implicancias de su configuración como disciplina autónoma a partir de su independización y desarrollo desde finales del siglo XIX. La importancia histórica de su contribución en este debate queda demostrada por el contexto institucional en el que es realizada. En efecto, el trabajo más sistemático que nuestro autor escribió acerca de este tópico consiste en una comunicación presentada en el Primer Congreso

Argentino de Psicología realizado en Tucumán en el año 1954. Dicho congreso resulta, como veremos, un hito en la historia de la psicología argentina y en él Castellani tiene un importante protagonismo.

Pues bien, es en el aporte castellaniano a este debate que signa la psicología argentina de la época, en el que focalizaremos nuestra mirada. En dicho aporte se distinguen dos aspectos distintos y complementarios cuya explicitación por separado organizará nuestra comunicación. El primero, vinculado a la ponencia presentada en el mencionado Congreso en la cual Castellani se interroga acerca del método apropiado en psicología y la necesidad de su adecuación al objeto de estudio. El segundo aspecto de su aporte se halla más disperso en su obra y se refiere a una original interpretación de las razones históricas y filosóficas de la crisis epistemológica de la psicología que se denunciaba por aquellos años.

2. Castellani en el Primer Congreso Argentino de Psicología. Método y objeto de la psicología

Como tenemos dicho, el Primer Congreso Argentino de Psicología constituye un hito en la historia de esta ciencia en el país rioplatense. Es por ello que su estudio resulta de particular importancia para la investigación histórica en psicología. Por lo demás, el lugar y el rol que ocupa la institución “Congreso” en el campo de la ciencia ha sido pertinentemente puesto de relieve. Como ha señalado Klappenbach el interés del investigador por este tipo de eventos, se funda, entre otras cosas, en dos motivos: en primer lugar, en el hecho de que un congreso es una “institución que nuclea la más alta y actualizada manifestación de un saber”; y, en segundo término, en la pretensión de realizar una historia del pensamiento que no sea “únicamente científica, sino también institucional, cultural o intelectual”. Se trata, en suma, de un acontecimiento histórico que permite analizar las teorías y discursos culturales circulantes en la época, y acceder a las manifestaciones objetivas de los enfoques dominantes (Klappenbach, 2000, p. 23-24). Asimismo la primera edición de un congreso nacional reviste una singular importancia para la producción científica de un país en el ámbito de conocimiento en el cual se inscribe el mismo, en tanto crea lineamientos y establece direcciones en

la investigación, impulsa propuestas científicas e institucionales, entre otras posibilidades.

A estas razones de carácter general que fundan la importancia del estudio de la institución “Congreso”, tenemos, en el caso del encuentro de Tucumán y como ya lo hemos venido anticipando, razones particulares que sostienen la importancia de su estudio. En efecto, en dicho Congreso la psicología pugna por su legitimación como ciencia y como práctica en Argentina, algo que ya se había insinuado en otro célebre y relevante acontecimiento científico realizado en el mismo país y vinculado estrechamente con el de Tucumán: el Primer Congreso Nacional de Filosofía, realizado en Mendoza cinco años antes. La psicología argentina no fue ajena a la importancia y al impacto de dicha asamblea filosófica, si tenemos en cuenta algunos de los estudios que se han realizado al respecto en el marco de la historia de la psicología. En efecto, “El Congreso de Filosofía de Mendoza de 1949 testimonia los matices de un debate en el que la psicología pugna por legitimarse” (Rossi, Ibarra, & Ferro, 2009). Y es que tal encuentro filosófico también representará, según Piñeda, “la cristalización del pensamiento argentino en torno al problema de la psicología” (Piñeda, 2003, p. 81); y, por otro lado, según Rovalletti, será en este evento donde “aparecen los esbozos de definir la psicología como una ciencia humana, autónoma, a pesar de su cercanía con la filosofía”. (Rovalletti, 1998, p. 89). En este sentido, el Congreso de Filosofía podría testimoniar una situación de la psicología de la que Klappenbach ha dado debida cuenta: su repliegue en la filosofía, que llevó a entender a aquélla como una rama de ésta (Klappenbach, 2006). No obstante, el clima filosófico que predomina en torno al Congreso de 1949 “sería suelo fértil para albergar planteos psicológicos, los cuales a partir de la década de 1950 se plasmarán en nuevos desarrollos teóricos y en nuevas instituciones, fundamentalmente carreras de psicología.” (González, 2005, p. 10). En efecto, como ha señalado Klappenbach, el período político-cultural en el que se inscribe aquella asamblea de filósofos será el mismo en el que tendrá lugar, cinco años después, el Congreso de Tucumán, el cual constituyó el puntapié inicial para la implantación de la disciplina psicológica y para su profesionalización en Argentina (Klappenbach, 2000)³. Entre las conclusiones del encuentro de Tucumán se declaraba, por ejemplo, “la necesidad de crear

la carrera universitaria del psicólogo profesional” (Klappenbach, 2006, p. 128). Antonio Gentile, uno de los historiadores que más detenidamente se ha ocupado de la reunión científica del 54, es explícito en este sentido: “El Primer Congreso Argentino de Psicología fue propiciatorio para la creación de las carreras universitarias y para la invención de un nuevo profesional: el psicólogo” (Gentile, 1997, p. 160). Más aún, “La distribución temática del Congreso respeta una estructura que se puede encontrar reproducida con pocas variantes en casi todas las currícula de las carreras universitarias de psicología que se irán creando en la Argentina” (Gentile, 1997, p. 164).

Pues bien, Castellani tiene un singular protagonismo en esta reunión científica tan importante para la psicología argentina. Castellani fue vicepresidente de la primera comisión científica, cuyo tema era “Epistemología de la psicología”, además de relator de la misma y ponente. En el único tomo editado de las actas del congreso, encontramos, de su autoría, un relato pormenorizado de todas las ponencias que integran aquella comisión y una contribución propia de no poca relevancia, en la que despliega su conocimiento amplio de la psicología científica⁴. Castellani parece ser, en efecto, una de las voces autorizadas en la psicología argentina en lo que concierne a la problemática epistemológica de esta ciencia. Por lo demás, por su participación activa y protagónica en dicho Congreso, Castellani –según Gentile– es junto a otras personalidades destacadas que participan de aquella asamblea de pensadores y científicos, uno de los pioneros en la fundación de las carreras universitarias en el país sudamericano (Gentile, 1997, p. 167).

La contribución científica propiamente dicha que Castellani hace en este congreso se titula “Explicación y prueba en psicología”. En ella examina cuándo se puede dar por probada una posición en Psicología. A través de una profundización espiralada examina siete lugares o vías de demostración: la autoridad de los psicólogos, la introspección superficial, los hechos y el experimento, el análisis asocianista, la convergencia de índices, la inserción en un sistema y la reducción mediata o inmediata a una intuición del propio Yo. Pero antes de introducirse de lleno en esta temática realiza algunas precisiones previas necesarias, a su entender, para abordar la cuestión del método apropiado en psicología.

En esta densa introducción, Castellani establece un principio epistemológico que atravesará toda su reflexión y constituirá –explícita o implícitamente– el criterio principal con que examinará los diversos métodos. Dicho principio tiene que ver con el vínculo fundante que –según su visión– debe existir entre el objeto de una ciencia y su método. Para poder establecer el mejor método de demostración de la psicología, indicará el filósofo argentino, es necesario sumergirse en la historia, en la tradición filosófica y en la práctica que le dio origen. Pues no se puede asignar de un modo a priori una metodología sin meditar antes acerca de sus principios y su objeto. Castellani rechaza que el método pueda ser el criterio de científicidad de la psicología. Por el contrario, asegura que todo intento de analizar su método es deudor de un análisis previo acerca de su objeto y de otros supuestos ontológicos sobre los cuales intenta fundamentar su estatuto científico. La querrela que existe en la psicología moderna no resulta así una simple discusión acerca del método. Si la psicología debe emplear la introspección o la observación, si debe empezar por la sensación o por la personalidad, si sus estudios deben abordar la parte o el todo, etc., son todas cuestiones o disputas que envuelven divergencias profundas no sólo con respecto a una metodología sino, sobre todo, acerca del mismo objeto de la psicología.

Lo primera dificultad que encuentra la psicología contemporánea –señala nuestro autor– es que su objeto es recóndito, lo cual explica que su demostración no sea fácil. Cita libremente aquellos dichos de Heráclito que rezan: “los linderos del alma buscan, jamás llegarás al término, por más métodos diversos que emplees: tan profunda cosa es ella” (Castellani, 1997, pp. 13-14). Por otra parte, trae a colación el primer libro del capítulo uno del *De Anima* donde Aristóteles sostiene que esta ciencia tiene el objeto más noble y sorprendente, pero que es muy difícil acceder a él debido a la variedad de métodos, a las dificultades que existen para definir su objeto, a la diversidad de opiniones que existe y la mezcla del alma con las cosas corpóreas. Estos argumentos del Estagirita explican a la perfección –según Castellani– los fundamentos de la crisis de la psicología contemporánea (Castellani, 1997, p. 14).

Esta crisis de la psicología de la que dice Castellani, “se oye hablar mucho” (1955, p. 305) –y esto puede verificarse al realizar un recorrido

por las comunicaciones presentadas en la comisión de “Problemas históricos y epistemológicos de la psicología” dentro de la cual se inscribe la contribución de Castellani– no admite las justificaciones ofrecidas por el positivismo o racionalismo científico. Nuestro autor no está dispuesto, por ejemplo, a reconocerle a Jung que la Psicología sea una beba de cincuenta años que debido a su corta edad no puede ofrecernos nada cierto acerca del alma. La que refiere Jung es, en todo caso, la psicología moderna. Pero ésta no es toda la psicología sino sólo una pequeña parte de una ciencia que lleva evolucionando más de dos mil años. Más aún, Castellani dirá que esa psicología que funda su científicidad en la aplicación del método de las ciencias físico-matemáticas, constituye una parte que a él se le presenta en muchas oportunidades como la menos interesante. Primero, porque con tal método la psicología ha pretendido apropiarse de una exactitud que no es la suya puesto que su mismo objeto la repele. Segundo, porque el inmenso esfuerzo de la psicofísica sólo puede ofrecer algunas conclusiones negativas o aplicaciones prácticas que, en rigor, no son psicología sino psicotecnia. Y reforzando su diatriba a esta manera de concebir la intromisión de los métodos experimentales en la psicología dirá –no sin ironía– que lo que le interesa “es conocer el alma de Napoleón y no el dintel máximo y mínimo de sus sensaciones auditivas el día de la batalla de Austerlitz” (Castellani, 1955, p. 305).

Lo que falta a la psicología dirá Castellani –y es dicha carencia la que explicaría su crisis– es una “galería central” (cosmovisión antropológico-metafísica) que unifique la “cantidad de pozos de mina (algunos abandonados, otros en construcción, algunos que dan abundante mena, otros poco o nada)” (1955, p. 306) que serían –metafóricamente hablando– los estudios psicológicos del momento⁵. En este punto, su diagnóstico resulta muy coincidente con otra de las ponencias de su comisión realizada por quien tendría luego un papel protagónico en la creación de una de las primeras carreras de psicología en Argentina. Nos referimos a Plácido Alberto Horas (1955). Ambos autores, si bien están interesados en dar un cauce filosófico a la psicología, no rechazan la dimensión práctica de esta disciplina. Muy por el contrario, ambos son, como hemos visto, pioneros en la fundación de la carrera de psicología

en Argentina, como nos ha dicho Gentile. (1997, p. 167).

Es por ello que se puede afirmar que Castellani, como Horas y otros, son testigos y agentes de la atmósfera epistemológica que envuelve a la psicología argentina en aquel momento. En efecto, la época en la que se desarrolla el Congreso de Tucumán en el que estos autores realizan sus significativas contribuciones, pertenece temáticamente –en el marco de la historia de la psicología de Argentina– a los períodos Filosófico y de la Psicotecnia y Orientación Profesional de la Psicología Argentina (Klappenbach, 2006). Si bien el primero de dichos lapsos históricos es situado por Klappenbach entre los años 1916 y 1941, el mismo autor señala que “las características que [se analizan] en cada período no desaparecen en el período siguiente ni tampoco aparecen súbitamente. Al contrario, suelen perdurar” (Klappenbach, 2006, p. 112), y lo demuestra suficientemente al profundizar en las características de la psicología argentina entre los años 1940 y 1958, época de “Tensiones entre una psicología de corte filosófico y una psicología aplicada” (Klappenbach, 2001 [La cita pertenece al subtítulo de la tesis doctoral de Klappenbach]). El Congreso Argentino de Psicología –y el aporte que en él realizan Horas y Castellani– atestiguan de modo particular este carácter bifronte de la psicología de la época –como lo señala también Antonio Gentile– a la par de una discusión que plantea que la psicología retorne a los cauces metafísicos y filosóficos. Así pues, se encuentra en este congreso un claro énfasis en la aplicación práctica de la disciplina (Gentile, 1997).

Pero luego de la densa introducción a su ponencia –en la que están implicadas y como sugeridas todas estas cuestiones– Castellani entra ya en la temática precisa que lo ocupa, a saber, determinar el método de explicación y prueba en la psicología.

La primera vía de demostración que presenta es la del argumento de autoridad. Este es el método al que el argentino concede menor valor en el campo de la psicología. Dicho método puede gozar ciertamente de un gran valor en la teología, en tanto ésta parte de una revelación divina, pero por sí mismo –explica– este método no demuestra nada dentro del ámbito de la psicología.

A continuación analiza lo que designa como introspección superflua. Es decir aquel mecanismo

por el cual se confronta una ley psicológica con la propia experiencia. Evidentemente que sin esta experiencia interna de nuestros actos psíquicos no podríamos adquirir ningún conocimiento psicológico. No obstante, existen tres razones por las cuales esta introspección inmediata no puede ser entronizada como prueba objetiva o científica. Primero, porque se trata siempre de una experiencia particular y lo particular de suyo no hace ciencia. Segundo, porque los esquematismos perceptivos que elaboro a través de mi experiencia no son sino el resultado de mis propias valoraciones, de mi amor propio, de mis opiniones e incluso de las opiniones ajenas. Es decir, yo percibo mi vivencia a través de mis propias valoraciones, las cuales no son en absoluto ajenas a la mirada del otro. Por último, porque la introspección superficial no supone el verdadero conocimiento de sí. Este último, además de un movimiento hacia nuestra interioridad, exige rectitud, esfuerzo y hasta coraje, dirá Castellani (1955, p. 308).

Tampoco –puntualiza el sacerdote– puede incurrirse en la ingenuidad de creer que los avances de la psicología encuentran su mejor demostración y prueba en los hechos. Los hechos brutos, es decir, los hechos puros, simples y neutros no pueden constituirse en los jueces imparciales en función de los cuales se comprueban las teorías psicológicas. Simplemente –argumenta nuestro autor– porque tales hechos no existen. Lo que existe son los hechos científicos, a saber, hechos analizados, modelados, construidos e interpretados de acuerdo a alguna teoría. El hecho científico es un hecho ya elaborado intelectualmente, es decir, seleccionado, delimitado y orientado a la luz de una teoría. Luego ésta ya presupone la interpretación, la lectura o hipótesis de una teoría o sistema que todavía puede no haber sido demostrado. Por tanto, tampoco el hecho científico puede ser considerado como una vía de demostración pues esto supondría una petición de principio, es decir, se daría por sentado lo que aún debería ser demostrado. En este punto Castellani parece recoger una de las objeciones más importantes que se le dirigía en aquel entonces a las versiones más radicales del positivismo lógico.

Después de estas consideraciones generales se introduce ya propiamente en las pruebas o instrumentos de investigación que emplea habitualmente la psicología. Entre ellas cita y critica la metodología empleada por la denominada, a la

sazón, psicología analítica. Entre los principales mentores de esta metodología Castellani reconoce a Williams James, Spencer, Taine, Locke, y a algunos escolásticos que ofrecen imágenes mecanicistas de las facultades. Todos ellos –arguye– descomponen el alma en elementos constitutivos separables e independientes y luego explican los fenómenos psicológicos montando nuevamente esas piezas. Castellani no está afirmando aquí que no sea necesario, si se quiere alcanzar algún entendimiento de la complejidad de una vivencia o de un estado del alma, distinguir las “partes” de éstos. No obstante, advierte la dificultad que puede existir si se termina por asumir como reales las distinciones de razón o los fragmentos artificiales y heterogéneos (sea fisiológicos o mecánicos) que han resultado de tales análisis. A los tomistas que fragmentan en piezas inanimadas, cuando no imaginarias, la vivísima simplicidad del acto inmanente, nuestro autor les recuerda que el alma es un *todo* y como tal está antes que las partes. Las facultades –un concepto de fuerte contenido clásico y reivindicado también por Plácido Horas en su ponencia– deben ser entendidas como fuerzas y poderes de una cosa *una* y que no se distinguen entre sí sino en cuanto se oponen: son distinguibles pero nunca separables.

Otro método de demostración identificado por Castellani como de frecuente uso en la psicología es el de la convergencia de índices. Se trata no ya de hechos aislados sino de una serie de hechos de diversa especie y categoría que apuntan hacia una misma dirección o, lo que es lo mismo, hacia la validación de una misma hipótesis o teoría. En este caso los hechos no son seleccionados e interpretados desde una única hipótesis o teoría a priori sino que éstos convergen de las diversas ciencias auxiliares de la psicología. Castellani no duda en otorgar fuerza probativa a esta convergencia de índices.

Seguidamente, nuestro autor se ocupa de analizar lo que considera el método por excelencia de los psicólogos antiguos, a saber, aquel que consiste en demostrar la validez de una hipótesis a través de su inserción lógica en un sistema teórico. El sacerdote reconoce que si se trata de un sistema sólido y bien fundado éste puede prestar su consistencia propia a afirmaciones particulares que, formando parte de él, se combinan y funden con todas las partes que se suponen probadas. Cita como paradigmas de esta metodología la obra de

Aristóteles, de San Agustín y la de Santo Tomás. Para Castellani el mérito de esta metodología reside en la posibilidad de que los sistemas teóricos reproduzcan en una sola mirada aquello que en su comienzo fue también una única cosa, a saber, la intuición del ser. Esta intuición del ser es lo que dicta donde debe ir cada pieza y qué piezas son espurias o falsas. Ahora, nuestro autor no deja de señalar el peligro de que algunas construcciones teóricas traicionen aquella intuición primigenia del ser y la expresen de forma inadecuada.

Asimismo, pueden existir otro tipo de falencias en una tal metodología, falencias que Castellani ve en algunos escolásticos. Desde una dimensión lógica, destaca el descuido por el cual éstos muchas veces no hacen distinción alguna entre los distintos grados de certeza que gozan las proposiciones que componen sus sistemas. Es decir, no explicitan en forma alguna si cada una de las proposiciones que conforman el raciocinio está cabalmente demostrada o si son simplemente probables o conjeturales, saltando prematuramente de un hecho particular a una ley o afirmación de orden esencial.

Finalmente, Castellani aborda lo que él considera como la prueba máxima de la psicología, a saber, la intuición del propio yo. La intuición inefable del propio yo es lo que engendra al psicólogo y a una verdadera teoría psicológica, nos dirá (Castellani, 1955, p. 320). Todos los hombres evidentemente tienen esta intuición pero muy pocos tienen el hábito de la reflexión psicológica y menos aún son capaces de percibir ese yo bajo el objeto formal de la ciencia psicológica. Esta percepción primigenia es inefable; solo se puede expresar indirectamente a través del lenguaje y de conceptos que la representan de forma contradictoria y paradójica. El lenguaje nos permite caracterizar la paradoja psíquica de nuestro yo con conceptos aparentemente contradictorios: nos permite decir que nuestra alma es permanente y al mismo tiempo fluyente, es singular y dual, es simple y diferenciada, es espontánea y automática, es inmanente e intencional, es impenetrable y abierta, y así un largo etcétera.

Ahora bien, para Castellani el que no tiene penetración y fuerza de reflexión suficiente para poner esta primera percepción en conceptos no puede ser psicólogo.

En estas últimas consideraciones el autor argentino apela al trabajo de otro protagonista

importante de la psicología argentina de la época: el tucumano Benjamín Aybar⁶. El llamado realismo intuitivo –preconizado por este último– le servirá a Castellani para fundamentar metafísicamente la posición que él defiende en el campo de la psicología. Aybar –según nuestro autor– explica que aquella intuición primigenia es posible porque nuestras facultades aprehenden lo real. Nuestro intelecto es capaz de aprehender lo real en virtud de su visión intuitiva. Ahora bien, si se desconoce el papel fundamental y absoluto de esta intuición entonces se incurre en un intelectualismo según el cual los datos intuitivos –entre ellos la intuición espiritual del yo– no son más que el resultado de la actividad cognoscitiva. Luego la conciencia del yo o la intuición primigenia del yo deja de ser la intuición de algo absoluto, óntico y real para pasar a ser una construcción intelectual que no puede dar cuenta de sí misma.

Una buena demostración psicológica es aquella que recurre como a su fundamento último a esta intuición del yo. Algo es verdad en psicología cuando podemos decir que para negar esto yo tendría que negar mi propio yo, lo cual es imposible –sostiene Castellani. Es decir el análisis *asocianista* (sic), la convergencia de índices, la inserción en un sistema y demás pruebas, no son sino elementos que deben converger en la intuición del propio Yo. Esta es la demostración última, es decir, la vía regia o el camino real por el cual progresa el conocimiento psicológico.

Castellani propone como método óptimo de prueba y demostración en el campo de la psicología este realismo intuitivo en cuanto que solo él es capaz de postular la trascendencia metafísica y la realidad efectiva de su objeto de estudio. Insiste en que la psicología debe volver a vivir en el ambiente de la metafísica pues solo en ella puede recuperar el horizonte de sentido que le pertenecía y que abandonó históricamente por los prejuicios positivistas y racionalistas. Nuestro autor cierra así su ponencia retomando la exigencia inicial que plantea el problema del método: la de adecuarse a su objeto, asumiendo la dimensión metafísica de éste último. Es recuperando epistemológica y metodológicamente dicha dimensión como la psicología, según nuestro autor, podría encontrar una vía de superación de la crisis que se denunciaba en el Congreso de Tucumán.

Cabe destacar dos méritos en el abordaje epistemológico que hace Castellani respecto al

problema del método en la psicología contemporánea. Primero, aborda y formula el problema del método desde los diversos supuestos ontológicos que existen en torno a su objeto. Segundo, dicho abordaje le permite instaurar un auténtico diálogo con los aportes o mediciones que ofrecen las escuelas de la psicología moderna. Es decir, al instaurar la discusión en una dimensión ontológica –la cual atraviesa, sustenta y justifica la respectiva metodología de cada escuela psicológica– supera las barreras de inconmensurabilidad que muchas veces existe en estas discusiones.

Por un lado, Castellani no queda constreñido a una disputa acerca de las virtudes o limitaciones que puede presentar cada método. No se limita a hacer un análisis comparativo respecto a los diversos métodos que ofrece la psicología contemporánea. Su abordaje es más comprehensivo. Desde un horizonte histórico y filosófico más amplio entiende que el problema del método no es sino una consecuencia de un conflicto previo que la psicología contemporánea ha dejado irresoluble, a saber, el problema respecto a su objeto. Después de todo ¿qué sentido puede tener prescribir de antemano reglas metodológicas de la psicología sino se ha definido ni remotamente su objeto? Hacer esto significaría un intento vano de construir un instrumento de medida sin considerar lo que se va a medir y bajo qué circunstancias. El pensador argentino muestra ser absolutamente consciente de que el problema del método no es la verdadera causa de la crisis de la psicología contemporánea. Para él la causa de dicha crisis radica en la dificultad e imposibilidad de definir su objeto en las coordenadas del positivismo o del racionalismo cientificista. Su objeto (el yo, el alma, la *psyjé*) no puede ser explicado en virtud de los patrones metodológicos que ofrecen las distintas variantes del racionalismo y del positivismo lógico. Es menester superar estas cosmovisiones que contingentemente informan la psicología contemporánea a costa de no poder definir el estatuto epistemológico de la psicología.

Castellani no queda encerrado en la lógica moderna de definir el estatuto epistemológico de una ciencia en virtud de su método. Insiste que el método se define en comunión con su objeto y que si la psicología contemporánea quiere resolver las disputas que existen en torno a su método debe orientar sus esfuerzos originalmente a discutir la naturaleza de su objeto. En su ponencia el jesuita

pretende despertar un debate en torno al cual pueda generarse, a modo de una nueva síntesis, una psicología filosóficamente más sensible a las complejidades de su objeto.

Ahora bien, una vez esbozada la existencia y la naturaleza de su objeto, el abanico metodológico que se abre para la psicología es infinito. Castellani se limita a analizar solo algunos de ellos. Pero tal análisis –aunque cuantitativamente limitado– es muestra suficiente de que para el sacerdote argentino la psicología puede progresar a través de un rico repertorio de acciones, percepciones, mediciones, sistematizaciones e intuiciones. No es su intención, en absoluto, reducir el quehacer de la psicología científica a aquella intuición del yo. Aunque evidentemente presenta dicha intuición como el fundamento último de todos los demás procedimientos metodológicos, pues solo ella prueba la realidad efectiva del objeto de estudio de la psicología.

A pesar de rescatar lo que podríamos llamar una especie de libertad metodológica, Castellani se cuida de no reivindicar una especie de anarquismo respecto a la incorporación de diversas metodologías en la práctica de la psicología. De aquí que toda su ponencia se ordene a dilucidar el orden jerárquico que guardarían los diversos procedimientos epistemológicos de acuerdo al grado de conocimiento que ellos ofrecen del yo. La misma naturaleza del objeto psicológico jerarquiza los diversos métodos en función de su eficiencia y utilidad en el conocimiento de aquel objeto. De este modo, el plano metafísico sustenta toda discusión metodológica.

Por otro lado, al discutir los supuestos ontológicos o antropológicos fundamentales que atraviesan las corrientes de la psicología contemporánea, la reflexión de Castellani tiene la virtud de instaurar un auténtico diálogo entre las escuelas de la psicología moderna. Creemos que este proceder puede significar una vía legítima para trascender las relaciones de inconmensurabilidad que existen entre las diversas tradiciones o prácticas de la psicología.

Toda teoría psicológica en virtud de su ontología o visión antropológica no sólo define un modo particular de entender al hombre sino que establece una manera de seleccionar, disponer y explicar su conducta, formula las pautas de diagnóstico y las técnicas psicoterapéuticas, fija la significación que adquieren los términos claves de su teoría y –en

algunos casos– llega incluso a codificar el modo en que la información otorgada por el paciente debe interpretarse. Ahora bien, en la medida que dos o más teorías psicológicas estén informadas por una antropología diversa, sus principios, su modo de observar, diagnosticar y explicar el dinamismo psíquico del paciente podrían resultar incompatibles o, más propiamente, recíprocamente inconmensurables. Dicha inconmensurabilidad revela la relación de inconsistencia que existe entre los supuestos ontológicos o antropológicos fundamentales de las teorías psicológicas.

Esta relación de inconmensurabilidad es lo que justamente impide instaurar entre las diversas tradiciones o paradigmas de la psicología una auténtica plataforma de diálogo que permite acceder al objeto desde distintas perspectivas. La inconmensurabilidad supone la existencia de un cambio conceptual radical. Los términos de una teoría no parecen referirse a ninguna de las entidades designadas por otras corrientes de la psicología. Cada teoría propone términos para entender la experiencia psíquica con un sentido muy distinto al de los términos propuestos por las otras teorías. Cada una de las teorías hablaría de sí misma, de cosas acerca de las cuales ninguna otra teoría podría decir nada en absoluto. Esta variación o discontinuidad de referente cierra así toda posibilidad de establecer un diálogo y una recíproca intelección entre teorías rivales.

Pues bien, el sacerdote argentino invita a repensar la psicología actual de una manera radical. Propone pensarla desde sus raíces históricas y filosóficas, a saber, desde los supuestos ontológicos y antropológicos que fundamentan cada una de sus escuelas y corrientes. Esto permitiría no solo iniciar una discusión profunda acerca de la naturaleza de su objeto sino, paralelamente, superar los límites de inconmensurabilidad existentes entre sus paradigmas. Pues solo a través de una discusión filosófica de dichos supuestos se puede desandar o resolver la causa de las relaciones de mutua inconsistencia que se revelan en los métodos de investigación, de diagnóstico o terapéuticos.

3. La configuración epistemológica de la psicología y el itinerario de la noción de sustancia

Es precisamente en el marco de esa crisis de la psicología –denunciada y caracterizada en el Congreso de Tucumán por diversos ponentes–,

y de la problemática epistemológica a ella aneja, que nuestro autor propondrá en otros lugares de su obra –respondiendo a los debates planteados en aquella importante reunión científica y en general a los que suscitaba la recepción y constitución de la psicología en Argentina– una vía de intelección crítica de la configuración epistémica de la psicología moderna en tanto ciencia del alma sin alma. Es decir, un camino para comprender la pérdida del objeto que puede generar aquellas dificultades en el hallazgo del método apropiado, según hemos visto en el punto anterior. Esta vía consiste en encontrar en el itinerario seguido por la noción metafísica de sustancia en la filosofía moderna, un factor causal de aquella configuración epistémica.

Como han señalado Ballesteros, la obra de Castellani abunda en intuiciones geniales que quedaron truncas (Ballesteros, 1990, p. 6). Esta justa observación acerca de la obra del pensador argentino, puede ser aplicable en este contexto. En efecto, las consideraciones de nuestro autor acerca de la importancia que reviste el análisis de los embates sufridos por el concepto de sustancia a la hora de comprender la configuración epistemológica de la psicología moderna, aunque realmente esclarecedoras, no dejan de ser, para nuestro interés, exiguas. Vayamos a ellas.

En su obra “Elementos de Metafísica”, cuya primera edición data de 1951, Castellani aborda con precisión, aunque brevemente, la temática que nos ocupa. Dejando sentado lo que en la ontología clásica sea sustancia y accidente, realiza una pequeña disquisición sobre los modos erróneos de entender estos conceptos y los peligros filosóficos que entraña su inadecuada comprensión, refiriendo como ejemplo de esto último a algunos filósofos modernos que, a partir de Descartes –aunque con antecedentes en el nominalismo medieval– manejarían una noción de sustancia extraña a la letra aristotélica. Así llega, nuestro autor, en un somero recorrido por la filosofía moderna, hasta los psicólogos fenomenistas que intentando negar la sustancia (en su acepción cartesiana y empirista) y con ello el alma-sustancia, lo que harían, en rigor, sería sustantificar los accidentes (Castellani, 2008, p. 74).

Otra de las alusiones directas a nuestro tema la hace Castellani en el curso “Psicología humana” (escrito en el año 1953, dictado en el mismo año en el Teatro del Pueblo de Buenos Aires

y editado póstumamente en 1997) refiriéndose precisamente al fenomenismo y su cometido de intentar una “psicología sin alma”. Dicho cometido procedería, según Castellani, de una falsa concepción de sustancia entendida como “una especie de cascote, o de cogollo, o de hoguera con chispas o de viento, o de aliento, o de éter” (Castellani, 1997, p. 15) en tanto –señala oportunamente en nota al pie Carlos Biestro– “pensaban que era un sujeto inerte, ocultado por los accidentes e incapaz de dar cuenta del aparecer y la sucesión de ellos” (Biestro, 1997, p. 15).

A las diversas formas del fenomenismo destina Castellani su diatriba, señalándolas como víctimas de una confusión acerca de la noción de sustancia. Esta psicología sin alma –cuyo objeto será, a partir del siglo XIX, el fenómeno desgajado y desentendido de un soporte que lo haga ser y del que él es manifestación–, y las falsas dialécticas epistemológicas que con ella se desarrollan y de ella se alimentan –verbigracia, psicología experimental o científica vs. Psicología metafísica o racional– se pueden entender, siguiendo la interpretación castellaniana, como consecuencias de aquella confusión.

Nuestro autor esclarece, en breves referencias halladas en otras obras, la naturaleza de tal confusión. Es menester, dirá, entender la noción de sustancia, “no como un substratum inerte de las cosas cambiantes” (Castellani, 1976, p. 394) –tal sería el sentido que adquiere después de Descartes quien “sacó su noción de sustancia de la física y de la escolástica decadente” (Castellani, 1952, párr. 23)– sino como llegó a entenderla, por ejemplo, el filósofo gascón Maine de Biran quien negándola en un primer momento por entenderla “al modo suarista y cartesiano (...) se reconcilió más tarde con la substancia” (1952, párr. 23), “recayendo en Aristóteles sin saberlo; o sea, en la noción justa de sustancia dinámica” (Castellani, 1976, p. 394-395).

La vía de intelección que ofrece Castellani para comprender la constitución de una “psicología sin alma” (expresión con la cual nuestro autor caracteriza a una buena parte de la nueva psicología autoproclamada científica y autónoma de la filosofía) abre diversos caminos de investigación y se muestra verosímil cuando se verifica que el intento de desterrar de la filosofía la noción de sustancia –y con ella la de alma, mente o yo– consumado por David Hume, se halla en continuidad con la noción

de sustancia como idea compleja sin fundamento consistente en la realidad, de John Locke, y con la confusa concepción –deudora del dualismo– de Descartes acerca del mismo concepto⁷. Luego de la ambigua noción que este último da de sustancia, indica el argentino, las dos corrientes poscartesianas, el racionalismo puro y el empirismo inglés, extraerán las conclusiones lógicas que de ella se derivan. Spinoza caerá en el panteísmo del que Leibniz intentará huir “suplantando la ‘sustancia única’ [de aquél] con una polvareda infinita de sustanzuelas sobrepuestas y mal unidas que llamó mónadas” (Castellani, 2008, p. 73). Por otro lado, el empirismo inglés negará la sustancia “afirmando con razón que lo que percibimos nosotros son los actos, emociones, ideas, figuras y colores; y no ningún núcleo misterioso, indivisible e invisible” (Castellani, 2008, p. 73).

No es posible analizar aquí todos estos hitos –sin olvidar el constituido por el nominalismo medieval- identificados por Castellani, pues cada uno de ellos amerita una investigación separada. Detengámonos por un momento, y a fin de ofrecer una inicial puesta a prueba del planteo castellaniano, solo en el más importante de ellos pues significa el antecedente más inmediato de la llamada psicología fenomenista. Nos referimos al empirismo de David Hume.

El agudo ingenio de este pensador de origen escocés se aplicará a profundizar los planteos de John Locke elaborando una acérrima crítica a las nociones metafísicas clásicas de causalidad y de sustancia. La extensión que dará Hume a la crítica a esta última constituirá el germen de la psicología fenomenista de la que Castellani nos ha hablado. Las tesis críticas de este filósofo constituirían uno de los antecedentes más inmediatos de aquella configuración epistemológica de la psicología del siglo XIX que adolecería –según nos ha venido señalando Castellani– de una errónea concepción de sustancia que dificultaría la definición del objeto de la ciencia en cuestión. Y sería uno de los antecedentes más inmediatos puesto que la profundización de los planteos de Locke, le permitirá a Hume extender la crítica de la noción de sustancia a las ideas de mente o alma y de Yo consideradas por los fenomenistas, según nos dice Castellani, como una “ilusión psicológica” (Castellani, 1996, p. 251).

La crítica de Hume sigue el camino trazado por Locke. El principio y el ser de conocimiento

son las impresiones sensibles y éstas sólo captan los fenómenos, de manera tal que “estos principios de formas sustanciales, accidentes y facultades, en realidad no constituyen ninguna de las propiedades conocidas de los cuerpos, sino que son perfectamente ininteligibles e inexplicables” (Hume, 1984, p. 282). No hay ni puede haber, un conocimiento que vaya más allá de lo que proporciona la percepción sensible. Y la percepción sensible en Hume, no proporciona más que fenómenos. La idea no es más que una copia de la impresión que ha afectado alguno de nuestros sentidos, y la impresión de reflexión (el otro contenido posible de nuestro conocimiento) es la impresión que produce en el alma la reaparición de una idea. Pero la sustancia es para Hume algo enteramente distinto de una percepción y por lo tanto es un concepto imaginario. Vayamos al texto de Hume:

Me gustaría preguntar a esos filósofos que basan en tan gran medida sus razonamientos en la distinción de sustancia y accidente, y se imaginan que tenemos ideas claras de cada una de estas cosas, si la idea de sustancia se deriva de las impresiones de sensación o de las de reflexión. Si nos es dada por nuestros sentidos, pregunto: ¿por cuál de ellos, y de qué modo? Si es percibida por los ojos, deberá ser un color; si por los oídos, un sonido; si por el paladar, un sabor; y lo mismo con respecto a los demás sentidos. Pero no creo que nadie afirme que la sustancia es un color, un sonido o un sabor (...) Por consiguiente, no tenemos ninguna idea de sustancia que sea distinta de la de una colección de cualidades particulares, ni poseemos de ella otro significado cuando hablamos o razonamos sobre este asunto. La idea de sustancia, como la de modo, no es sino una colección de ideas simples unidas por la imaginación y que poseen un nombre particular asignado a ellas, mediante el cual somos capaces de recordar -a nosotros o a otros- esa colección. Pero la diferencia entre estas ideas consiste en que las cualidades particulares que forman una sustancia son referidas por lo común a un algo desconocido en que se supone inhiere. (Hume, 1984, p. 104-105).

El carozo inerte, el algo desconocido, el núcleo invisible cartesiano, siendo tal, no puede tener otra causa eficiente que la imaginación. Se entiende entonces que “Los sensualistas y asociacionistas ingleses [negaran] la sustancia afirmando

con razón que lo que percibimos nosotros son los actos, emociones, ideas, figuras y colores – y no ningún núcleo misterioso, indivisible e invisible” (Castellani, 2008, p. 73).

Hume, en llamativa consonancia con Descartes que indicaba que los atributos externos de las cosas nada dicen de la cosa en sí (Descartes, 1997, p. 26-28), señala la imposibilidad de decir que la sustancia es alguno de los atributos que captan los sentidos; concluyendo, por lo tanto, en la afirmación acerca de la imposibilidad de sostener un concepto como el de sustancia, según su principio empirista. Pero para la concepción aristotélica de Castellani la sustancia es, por el contrario, todo aquello que señala Hume, o, por lo menos, es transmitida por aquello que para Hume la oculta y la termina haciendo una noción prescindible y, en rigor, ficticia. En efecto, los fenómenos que menciona el filósofo empirista (color, sonido, sabor) son, para Castellani, parte de la sustancia, son en y por la sustancia, por ser la sustancia el ser en sentido propio y tener los accidentes o fenómenos un ser participado de la sustancia. Por ello, el pensador argentino sostiene que es la sustancia el objeto de percepción (Castellani, 2008, p. 72).

Pero para Hume la sustancia será, como lo era para Locke (Locke, 1999, p. 298-299), una colección de cualidades particulares a las que “estamos seguros de atribuirle en el momento siguiente una identidad perfecta y de considerarla invariable y continua” (Hume, 1984, p. 402). Este adscribir procede, según textuales palabras de Hume, de un prejuicio de la imaginación, y es un error al que estamos muy propensos a caer

Hume llega entonces a negar la sustancia –entendida cartesiana, es decir, como un algo desconocido inasequible a los sentidos– y, por este camino, desemboca en la sustantificación de los accidentes. La radicalidad y sutileza de la crítica humeana no pasó por alto la consideración de esta paradójica consecuencia que Castellani nos ha venido señalando como consecuencia inmediata de la negación de la sustancia. Sin embargo, dicha consideración no constituye para Hume una aporía de su crítica sino que viene a reforzarla dándole mayor coherencia y solidez lógicas. Examinemos los dichos de Hume al respecto:

Si en lugar de responder a estas preguntas alguien quisiera escaparse de la dificultad

diciendo que la definición de sustancia es: algo que puede existir por sí mismo, y que esto debe bastarnos; si se dijera esto, yo haría notar que esta definición vale para cualquier cosa que concebirse pueda, y que nunca servirá para distinguir la sustancia del accidente o el alma de sus percepciones. En efecto, mi argumento es el siguiente: todo lo que es concebido con claridad puede existir, y todo lo que es claramente concebido de un modo determinado puede existir de ese modo determinado. Es este un principio que ya ha sido admitido. He aquí, además, otro principio: que todo lo diferente es distinguible, y todo lo distinguible es separable por la imaginación. De ambos principios infiero que todas nuestras percepciones, al ser diferentes entre sí y diferir también de cualquier otra cosa que pudiera haber en el universo, son también distintas y separables; pueden ser concebidas como existiendo por separado, y pueden existir de hecho por separado sin necesidad de que cualquier otra cosa las sostenga en la existencia. Son por consiguiente sustancias, al menos en tanto que la definición citada explique lo que es sustancia. (Hume, 1984, p. 375-376).

En el esquema de Castellani, acontece aquí una cosificación de entidades metafísicas, separando (signo de distinción física) los accidentes de la sustancia y a los accidentes entre sí, haciendo subsistentes a éstos y diluyendo a aquélla, considerada como –y volvamos a insistir con el filósofo argentino– “una especie de cascote incapaz de dar cuenta de la aparición y sucesión de los accidentes” (Castellani, 1997, p. 15). Por ello nuestro autor recuerda, al referirse al fenomenismo, aquella elocuente expresión de Alberto Magno: “¡O philosophi, non transcendent imaginationem!” (¡Oh filósofos que no trascendéis la imaginación!) (Castellani, 1997, p. 15).

Como las percepciones tienen para Hume un ser independiente (sustancial, podríamos decir) pueden conformar la mente (considerada ésta como un conjunto de fenómenos, según nos dice Castellani) sin necesidad de recurrir a la mente o al alma en el sentido sustancial que ésta tenía. Aquí vemos la lógica interna de la crítica de Hume. De esta manera podrá negar, más adelante, el ser del alma como sustancia o –al decir de Castellani– como permanencia excepcional (1997, p. 16).

Resta detenernos entonces en la amplitud y alcance que el pensamiento antimetafísico de Hume da a la crítica de la noción de sustancia pues dicho alcance nos muestra las repercusiones que la negación de la sustancia puede tener en la psicología, tal como nos ha venido señalando Castellani.

En este exiguo e incompleto análisis de un aspecto de la crítica humeana, podemos vislumbrar el motivo por el cual Castellani apoda al nominalista Nicolás De Autrecourt (uno de los representantes de aquel nominalismo medieval en el que Castellani ve los antecedentes más remotos de la negación de la sustancia), como el “Hume medieval” (Castellani, 1973, p. 126). En él ya se encuentran muchas de las conclusiones a las que arribó ulteriormente el escéptico escocés. Sin embargo, la radicalidad de la crítica de este último que hemos venido señalando, marcará la diferencia con De Autrecourt y la originalidad de su ataque al pensamiento clásico.

Hume dará un paso más sosteniendo que tampoco es evidente la existencia de una sustancia inmaterial (alma o mente) en la cual estarían inherentes nuestras percepciones o de un yo al cual dichas percepciones pertenecen. Éstas, según hemos visto, pueden ser consideradas separadamente y, por lo tanto, existir separadamente sin necesidad de recurrir a un algo que las unifique. En realidad, Hume no hace más que extraer las conclusiones lógicas de su tesis. Negando la sustancia solo quedan los fenómenos. Esta conclusión se hace extensiva al dominio del espíritu: la noción de un alma, mente o yo por la cual adscribimos identidad a las sucesivas percepciones que constituyen la mente, es ficticia y procede de un prejuicio de la imaginación pues no hay impresión alguna que la origine. La mente y el yo no son más que sucesivas percepciones. Estas percepciones se pueden considerar – y, a la postre, pueden existir- separadamente, de modo que no son susceptibles de una unión local.

Cuando vuelvo mi reflexión sobre mí mismo nunca puedo percibir este yo sin una o más percepciones; es más, no puedo percibir nunca otra cosa que las percepciones. Por tanto, es la composición de éstas la que forma el yo. (Hume, 1984, p. 886).

Dejemos a Hume, no sin antes citar un breve fragmento de su *Treatise*, representativo de las extensiones que pretende alcanzar su crítica.

Los filósofos empiezan a avenirse con el principio de que no tenemos ninguna idea de la sustancia externa, distinta de las ideas de las cualidades particulares. Esto debe preparar el camino para un principio semejante respecto de la mente: que no tenemos ninguna noción de ella distinta de las percepciones particulares. (Hume, 1984, p. 886).

Con este somero análisis de la crítica de Hume a la noción de sustancia podemos vislumbrar los alcances que podría tener la hipótesis que propone Castellani para inteligir las causas históricas y filosóficas de la crisis teórica y epistemológica de la psicología que era fuertemente denunciada en el ámbito científico argentino de la época, como lo atestiguan las actas del congreso de que nos hemos ocupado más arriba. Con su hipótesis Castellani traza la ruta de una auténtica genealogía de la psicología sin alma. Una ruta que, a fin de poner a prueba el planteo castellaniano, hemos intentado recorrer brevemente observando algunos aspectos de la crítica de Hume. Este verdadero proyecto hermeneúutico de Castellani amerita, sin duda, nuevos abordajes que pueden echar luz a la historia de la psicología científica.

Un texto de otro autor de importancia en la historia de la psicología argentina, José Bleger, mostrará de modo explícito, pocos años más tarde (la primera edición de la obra que contiene dicho texto data de 1963), aquel motivo filosófico que, según Castellani, late en el fondo de la psicología sin alma de los siglos XIX y XX. Vale la pena prestar atención a dicho texto para ver en acción el prejuicio antimetafísico que Castellani vea gravitar negativamente en un gran sector de la psicología científica de su tiempo:

Los intentos de hallar un objeto específico y privativo para cada ciencia tienen mucha relación con los supuestos metafísicos de estudiar entidades o sustancias, y estas falacias han conducido históricamente a la psicología a definir su objeto de estudio como el alma, la conciencia, la mente o el psiquismo, olvidando que éstas son entidades abstractas con las cuales se reemplazan los fenómenos concretos. Con este tipo de definición, el objeto de estudio no queda claramente delimitado,

sino que, por el contrario, se desemboca en una complicada mitología de la que aún no se han desembarazado del todo las modernas corrientes psicológicas. Estas definiciones estructuran una psicología verbalista, o bien se desarrolla una contradicción entre los fenómenos concretos estudiados y las respectivas formulaciones teóricas. No hay tal cosa como alma, mente o conciencia; hay sí, fenómenos psicológicos o mentales, pero el atributo no debe ser transformado en sujeto ni en sustancia. (Bleger, 1995, pp. 15-16).

4. Conclusión

Leonardo Castellani desarrolló –a la par de una obra literaria, educativa, filosófica y periodística abundante– una labor investigativa de relevancia en la psicología. Su importancia en la historia de esta ciencia en Argentina viene siendo demostrada por diversos estudios en los últimos años. Una de las áreas de la psicología en las que se destacó su aporte es la de las problemáticas históricas y epistemológicas de dicho saber científico. En este marco se halla su participación activa en uno de los eventos de mayor importancia para la legitimación de la psicología en el país rioplatense: el Primer Congreso Argentino de Psicología, realizado en el año 1954 en la provincia de Tucumán. Es aquí donde Castellani realiza una contribución importante y original destinada a demostrar cuál sería el método apropiado en psicología. Por otra parte, y en el mismo contexto temático de las problemáticas históricas y epistemológicas de esta ciencia, se

halla dispersa en su obra una propuesta novedosa para comprender la configuración epistemológica de la psicología científica, trazando el camino para una auténtica genealogía de la psicología sin alma y respondiendo a los debates de fondo que se plantean a la sazón en la naciente psicología argentina y en la joven psicología científica en general. Conocer su aporte podría constituir una contribución en la labor de visualización de los motivos e ideas que circulan durante el proceso de legitimación de la psicología en Argentina, pues la propuesta de Castellani que hemos intentado exponer abreva en una inquietud muy presente en los llamados pioneros de la psicología en Argentina, cual es la de superar la crisis teórica de ésta reconduciéndola a su fuente filosófica. Esto significa, por lo demás, que la propuesta de nuestro autor resulta en un aporte original a la tarea de comprensión filosófico-crítica del surgimiento y configuración de la psicología moderna, pues comprender este proceso a la luz del itinerario de la noción de sustancia en la filosofía moderna, constituye una propuesta hermenéutica inédita y con esclarecedoras proyecciones. Ciertamente sin que todo ello implique postergar las virtualidades prácticas de la psicología, la cual se actualizarán durante todo el siglo XX y se concretarán –en el caso de Argentina donde Castellani despliega su contribución– algunos años después del Congreso del 54 con la creación de las primeras carreras de psicología.

Referencias

- Ballesteros, J. C. (1990). *La filosofía del Padre Castellani*. Buenos Aires: Gladius.
- Biestro, C. (1997). *Notas a la segunda edición. Castellani, L. (1997). Psicología Humana*. Mendoza: Editorial Jauja.
- Bleger, J. (1995). *Psicología de la conducta*. Buenos Aires: Paidós.
- Caminos, I. (1991). *Prólogo. Castellani, L. (1934). La catarsis católica en los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola*. Buenos Aires: Epheta.
- Castellani, L. (1941). *Conversación y Crítica Filosófica*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Castellani, L. (1952). *Maine de Biran. Filosofía contemporánea*. Manuscrito inédito.
- Castellani, L. (1955). Explicación y prueba en Psicología. En *Actas del Primer Congreso Argentino de Psicología, Tomo I* (pp. 301-322). Universidad Nacional de Tucumán.
- Castellani, L. (1966). *Freud en cifra*. Buenos Aires: Cruz y Fierro editores.
- Castellani, L. (1973). *De Kirkegord a Tomás de Aquino*. Buenos Aires: Guadalupe.
- Castellani, L. (1976). *Lugones. Esencia del liberalismo. Nueva crítica literaria*. Buenos Aires: Dictio.
- Castellani, L. (1996). *Freud*. Mendoza: Editorial Jauja.
- Castellani, L. (1997). *Psicología Humana*. Mendoza: Editorial Jauja.
- Castellani, L. (2008). *Elementos de Metafísica*. Guadalajara: Folia Universitaria.
- Descartes, R. (1997). *Meditaciones Metafísicas y otros textos*. Madrid: Gredos.
- Gentile, A. (1997). Primer Congreso Argentino de Psicología. 1954. *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología*, 3(1/2), 159-172.
- González, E. (2005). *El Marco de la Psicología Existencial en el Primer Congreso de Filosofía*. 30º Congreso Interamericano de Psicología, SIP, Buenos Aires.
- Horas, P. A. (1955). El Hombre total como motivo de la Psicología Contemporánea. En *Actas del Primer Congreso Argentino de Psicología, Tomo I* (pp. 245-254). San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Hume, D. (1984). *Tratado de la Naturaleza Humana*. Barcelona: Orbis.
- Klappenbach, H. (2000). Filosofía y política en el Primer Congreso Argentino de Filosofía. *Fundamentos en Humanidades*, 1(1), 22-38.
- Klappenbach, H. (2001). *La Psicología en Argentina: 1940 – 1958. Tensiones entre una psicología de corte filosófico y una psicología aplicada*. Tesis Doctoral. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Klappenbach, H. (2006). Periodización de la psicología en Argentina. *Revista de Historia de la Psicología*, 27(1), 109-164.
- Klappenbach, H. (2007). Dos aspectos de la influencia española en la psicología argentina. Autores y editores. *Revista de Historia de la Psicología*, 28(4) 35-48.
- Locke, J. (1999). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Piñeda, M. A. (2003). La filosofía neoescolástica en la formación de psicólogos argentinos. El caso de la Universidad Nacional de Cuyo, sede San Luis. *Fundamentos en Humanidades*, 4(7/8), 79-102.
- Piñeda, M. A. (2005a). Antecedentes de la psicología neoescolástica argentina en el campo filosófico: 1900-1950. *Fundamentos en Humanidades*, 6(12), 111-142.
- Piñeda, M. A. (2005b). El concepto de conducta y la psicología neoescolástica Argentina. *Perspectivas en psicología*, 2(2), 89-97.
- Piñeda, M. A. (2005c). El Padre Leonardo Castellani y la psicología argentina. *Revista de historia de la psicología*, 26(1), 67-100.
- Piñeda, M. A. (2006). Antecedentes políticos y académicos de la creación de la carrera de psicología en las primeras universidades católicas argentinas. *Psicología y Psicopedagogía*, 5(14). Recuperado de <http://p3.usal.edu.ar/index.php/psico/article/view/1278/1633;14/06/2007>
- Rossi, L., Ibarra, F., & Ferro, C. (2009). Historia de la psicología en la Argentina. *Psicología para América Latina*, 17. Recuperado de: <http://www.psicolatina.org/17/argentina.html>
- Rovaletti, M. L. (1998). Panorama psicológico argentino: antecedentes, constitución, institucionalización y profesionalización de la psicología. Cuyo. *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, 15, 79-108.
- Vezzetti, H. (1989). *Freud en Buenos Aires. 1910-1939*. Buenos Aires: Puntosur.
- Vezzetti, H. (1996). *Freud en Buenos Aires. 1910-1939*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Notas

- ¹ Mencionemos aquí sólo algunas de las reediciones o antologías recientes de sus obras: Castellani, L. (2003). *Marianillo de birlibirloque*. Mendoza: Jauja; (2008). *Elementos de metafísica*. Guadalajara: Folia Universitaria; (2008). *Cómo sobrevivir intelectualmente al siglo XXI*. Madrid: Libroslibres; (2010). *Pluma en ristre*. Madrid: Libroslibres; (2014). *El nuevo gobierno de Sancho*. Buenos Aires: Vórtice. Entre algunos de los estudios de las últimas décadas acerca de la obra castellaniana, tenemos -a la par de los que enseguida mencionaremos y que tienen que ver más directamente con la psicología- los siguientes: Nállim, Carlos Orlando (1999). El 'Quijote' en 'El nuevo gobierno de Sancho', de Leonardo Castellani, *Anales Cervantinos*, 35, 337-346; Caturelli, Alberto (2001). El pensar agónico de Leonardo Castellani. En Caturelli, A. (2001). *Historia de la filosofía en la Argentina 1600-2000*. Buenos Aires: Ciudad Argentina, Universidad del Salvador, Cap. XXXIII, p. 890-906; Albrecht, Úrsula Margarita (2002). El modelo educativo en 'El nuevo gobierno de Sancho': Castellani y la educación a la luz del pensamiento católico. *Gramma*, 14 (35) 13-21; Caimari, Lila (2005). Sobre el criollismo argentino: notas para leer a Leonardo Castellani. *Prismas: revista de historia intelectual*, 9, 165-186; Bonnin, Juan Eduardo (2010). Castellani Contempomi, Leonardo. *Diccionario razonado de la literatura y la crítica argentinas (Siglo XX)*, Tomo I A-G, 277-281; Rodríguez Temperley, María Mercedes (2012). 'La muerte de Martín Fierro', de Leonardo Castellani: genética textual y autobiografía. *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, año 2012, 205-237; Bentivegna, Diego (2012). *Katékhon y comunidad en Leonardo Castellani y Hernán Benítez, Epimeleia*. *Estudios de Filosofía e Historia de las Religiones*, 1, 287-308.
- ² En el prólogo a la segunda edición de su obra, Vezzetti nos informa que ha incorporado a la antología de textos sobre el psicoanálisis que componen su obra, el artículo que Leonardo Castellani escribiera a la muerte de Freud en el diario *La Nación* (Vezzetti, 1996). Dicho artículo será reproducido en el libro "Conversación y crítica filosófica" del sacerdote argentino, editado por primera vez en 1941 por Espasa Calpe. Vezzetti realiza, en el estudio preliminar de aquella antología, un análisis muy crítico del artículo de Castellani llegando a afirmar que nuestro autor desconoce la obra del psiquiatra vienés, lo que quedaría evidenciado en la naturaleza de su peculiar diatriba al fundador del psicoanálisis. Este duro juicio de Vezzetti ha merecido la atención de la especialista en psicología neoescolástica argentina, la Doctora María Andrea Piñeda, quien con abundancia de datos demuestra que el conocimiento que tiene Castellani del psicoanálisis es profundo y de primera mano (Piñeda, 2005c, p. 85, pp. 81-93). Remitimos a dicho artículo para conocer más detalles acerca de esta discusión.
- ³ Para visualizar mejor esta estrecha vinculación entre ambos eventos resulta de interés considerar los nombres de quienes en la Sesión Plenaria de Cierre del evento de Tucumán, integran la Comisión que elevará al Congreso la recomendación de la creación de la carrera de psicología. Ellos son -según nos informa Piñeda recogiendo datos de otras investigaciones- Juan Luis Guerrero, Eugenio Pucciarelli, Alberto Palcos, Francisco González Ríos, Carlos Astrada, Ricardo Moreno, Oscar Oñativia, Plácido Horas y Luis María Ravagnan (Piñeda, 2006, pp. 11-12). La mayoría de estos académicos tienen en el Primer Congreso Nacional de Filosofía, papeles protagónicos en la organización del mismo o en los debates allí desarrollados. Carlos Astrada, por ejemplo, además de intenso animador de los debates fue vocal del Comité Ejecutivo de organización y miembro de la Comisión asesora de la Secretaría de Actas de dicho encuentro. Juan Luis Guerrero, por su parte, fue el Secretario de Actas del Congreso y también ponente en una de las sesiones plenarias. Eugenio Pucciarelli, también vocal del Comité Ejecutivo del congreso y miembro de la comisión asesora de la Secretaría de Actas, fue además el encargado, en sesión plenaria, del homenaje a Félix Krueger. Alberto Palcos fue miembro relator argentino, como así también Oscar Oñativia (Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía, I, 17-41).
- ⁴ En el ya mencionado artículo de Andrea Piñeda (2005c) encontramos una descripción pormenorizada de la amplia y multifacética formación en psicología científica que recibió Castellani en Europa. Dicha formación junto al correspondiente doctorado que nuestro autor obtiene en la Sorbona, resultan inusitados para el campo de la psicología argentina de la época. E incluso Piñeda señala y demuestra que el de Castellani es, probablemente, el primer doctorado argentino en la disciplina psicológica. "Castellani debe haber sido uno de los primeros argentinos -sino el primero- en doctorarse en psicología, es decir, en formarse de modo sistemático y graduarse en este campo específico (...) Como puede apreciarse, la formación académica en el campo de la psicología y el Doctorado en psicología de Leonardo Castellani se efectúa con anterioridad a la formación específica en el campo de la psicología, de las más destacadas figuras de la psicología argentina de la primera mitad del siglo XX." (Piñeda, 2005c, p. 71-72)
- ⁵ Andrea Piñeda -que incluye a Castellani dentro del movimiento neoescolástico- dirá al respecto "el neoescolasticismo se presentaba como una solución epistemológica a partir de la cual volvía a ser posible la unidad de la psicología a partir del hilo conductor que le otorgaba la visión antropológica del hombre como totalidad adscripto. Desde allí, las más diversas y hasta opuestas teorías psicológicas podían rescatarse en lo que tuvieran de valioso e integrarse desde su particularidad a un nuevo sistema." (Piñeda, 2005a, p. 114)
- ⁶ Aybar constituye, por lo demás, otro ejemplo eminente de lo que señaláramos más arriba respecto al carácter bifronte de la psicología argentina de la época. En efecto, se trata de uno de los más importantes filósofos argentinos que, interesado en la psicología, no sólo se ocupará de la fundamentación filosófica de esta ciencia sino también de su aplicación práctica. Aybar organizó y dirigió, por ejemplo, la primera carrera profesional vinculada a la psicología en una universidad nacional argentina, a saber, la carrera de Psicotécnico y Orientador Profesional, que la Universidad Nacional de Tucumán ofreciera allá por 1950 (Klappenbach, 2006).
- ⁷ En otro lugar nos hemos ocupado de analizar algunas etapas de este itinerario. Cfr. Vázquez, Santiago (2009). 'Un aporte a la problemática epistemológica de la psicología en el Primer Congreso Nacional de Filosofía', *Actas del Encuentro Argentino de Historia de la Psiquiatría, la Psicología y el Psicoanálisis*, 10: 425-434.